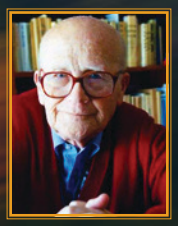
CURSILLOS de CRISTIANDAD
Boletín Nacional



El Siervo de Dios
Eduardo Bonnín Aguiló
Fundador de los Cursillos
de Cristiandad
1917 – 2008

octubre 2026

Inicio
Que es el Cursillo
Centro de Recursos
Literatura Cursillo
Boletín Nacional
Palanca Perpetua
Donar a Cursillos
Formularios y Memos
Links y Contactos

Centro Nacional de Cursillos
P.O. Box 799
Jarrell, Texas 76537
512-746-2020
512-746-2030 (Fax)

La Amistad Construye Comunidad



Presentado por el Reverendísimo Felipe Pulido, obispo auxiliar de San Diego, 36.º Encuentro Nacional de Cursillos, Wheaton (Illinois), 24 de julio de 2026.

Sé que muchos de ustedes esperaban que hablara de la unidad, y la unidad sigue siendo un tema muy importante. Pero, como todos sabemos, el Espíritu Santo a menudo nos guía por caminos inesperados.

Incluso antes de llegar al Encuentro Nacional, una palabra no dejaba de resonar en mi corazón, una palabra que se encuentra en el centro mismo del Movimiento de Cursillos:

Amistad.

Esa palabra no se me quitaba de la cabeza. Seguía resonando en mi mente y en mi corazón. Por eso, hoy me gustaría reflexionar con ustedes sobre la amistad. ¿Les parece bien?

Hice mi Cursillo en 2003. Me ordené sacerdote en 2002, así que solo un año después de mi ordenación viví mi propio fin de semana de Cursillo. Como todos sabéis, tenemos una preciosa canción que une a los cursillistas de todo el mundo: «De Colores».

Como obispo de San Diego, he tenido el privilegio de celebrar con cursillistas de muchas culturas y lenguas. Me conmovió profundamente asistir a un Cursillo en inglés y escuchar a todos cantar «De Colores». Más tarde, cuando me uní a un encuentro vietnamita, ellos también cantaban «De Colores». Diferentes lenguas y diferentes culturas. Sin embargo, el mismo espíritu y la misma canción. Me emocionó de verdad.

Como ya todos saben, «De Colores» incluye animales que emiten sus respectivos sonidos. Así que permítanme contarles una pequeña historia sobre unos animales que estaban celebrando la Resurrección de nuestro Señor Jesucristo.

Había un gallo, una vaca, una oveja y, por supuesto, un pavo.

Todos estaban llenos de alegría porque Cristo había resucitado.

El gallo proclamaba: «¡Cristo ha resucitado!». La vaca respondía: «¿Dónde? ¿Dónde?».

La oveja contestaba: «¡En Belén!». Y entonces, como solo un pavo puede hacer, el pavo no paraba de decir en español:

«¡Gordo, gordo, gordo!», que significa: «¡Gordo, gordo, gordo!».

¿Hay pavos en Vietnam? ¿En Corea? ¿En Filipinas? Desde luego, en Estados Unidos tenemos muchos. Así que ahí estaban: el gallo proclamando: «¡Cristo ha resucitado!». La vaca preguntando: «¿Dónde?». La oveja respondiendo: «¡En Belén!». Y el pavo simplemente repitiendo: «¡Gordo, gordo, gordo!».

Buenos días, amigos.

Estoy muy feliz y honrado de estar hoy con ustedes.

Siempre que tengo la oportunidad de estar con el Movimiento de Cursillos, me lleno de gratitud porque encuentro algo que se está volviendo cada vez más escaso en nuestro mundo de hoy: personas que comprenden la belleza y el poder de la amistad.

Quiero comenzar con un recuerdo.

Mi abuela era una mujer muy pequeña. Era bajita y delgada. Pero ser físicamente pequeña no significa ser espiritualmente pequeña.

Poseía una fortaleza que provenía de una fe profunda.

Nació alrededor del año 1910 en las montañas del centro de México. Vivió tiempos muy difíciles. Conoció la pobreza. Conoció el hambre. Supo lo que significaba luchar por las necesidades básicas de la vida.

Vivió durante la Guerra Cristera, un período doloroso de persecución y sufrimiento para muchos católicos en México.

La vida puso a prueba su fe, pero nunca destruyó su fe. Nunca permitió que el sufrimiento le quitara la alegría. Nunca permitió que las dificultades le hicieran perder la esperanza. En cambio, se convirtió en una mujer que llevaba la paz de Cristo adondequiera que iba.

Sabía estar presente. Sabía escuchar. Sabía ama y sabía ser amiga.

Mi abuela me enseñó muchas cosas. Me enseñó mis oraciones. Me enseñó el catecismo. Me enseñó las historias de la Sagrada Escritura. Respondió a mis muchas preguntas acerca de Dios.

Pero antes de enseñarme acerca de la fe, me enseñó algo aún más importante.

Me enseñó la amistad.

Pasaba tiempo conmigo, me escuchaba y me animaba. Además, creía en mí y me hacía sentir querido.

A través de su amor, comencé a comprender el amor de Dios.

Hoy, al recordar aquellos momentos, me doy cuenta de que, antes de que mi abuela me hablara de Jesús, me mostró quién era Jesús, y antes de hablarme del amor de Dios, me hizo vivir una pequeña experiencia de ese amor.

Y así, creo yo, es como suele producirse la evangelización. Las personas no se encuentran con Cristo en primer lugar porque alguien gane una discusión o les dé una explicación perfecta.

Muchas veces, las personas se encuentran con Cristo porque alguien las ama lo suficiente como para acompañarlas en su camino.

Mi abuela se convirtió en mi amiga y, a través de su amistad, me llevó a Cristo.

Por eso el lema del Movimiento de Cursillos siempre me ha llegado al corazón:

Haz un amigo.

Sé un amigo.

Lleva a tu amigo a Cristo.

Esas palabras son sencillas, pero contienen una espiritualidad profunda.

Describen la manera en que Jesús mismo evangelizó. Jesús no comenzó construyendo una institución. Comenzó formando relaciones. Llamó a las personas por su nombre. Caminó con ellas. Compartió la mesa con ellas. Escuchó sus historias. Entró en sus vidas. Y, a través de la amistad, transformó corazones.

Por eso creo que la amistad es una de las mayores necesidades de nuestro tiempo.

Nuestro mundo tiene muchas cosas. Tenemos una tecnología increíble. Tenemos más información que cualquier generación en la historia. Podemos comunicarnos instantáneamente con personas en cualquier parte del mundo. Y, sin embargo, muchas personas hoy están solas.

Estamos más conectados que nunca, pero muchas personas se sienten más aisladas que nunca.

Nosotros, los obispos de Estados Unidos, estamos muy preocupados por la salud mental en nuestro país: el sufrimiento de tantos hombres y mujeres, especialmente de jóvenes diagnosticados con depresión y ansiedad.

Quizás una de las mayores formas de pobreza en nuestro mundo de hoy no sea la pobreza material.

Es la pobreza de amistad, la pobreza de relaciones auténticas.

Una de mis responsabilidades como obispo auxiliar de la Diócesis de San Diego es servir como vicario para el clero.

Durante la semana, gran parte de mi tiempo lo paso en mi oficina. Leo y respondo correos electrónicos. Me reúno con sacerdotes. Reviso situaciones pastorales. Preparo charlas y homilías. Participo en muchas reuniones, tanto en persona como por Zoom.

Es un trabajo importante que requiere mi atención. Pero debo confesarles algo: siempre espero con gusto los fines de semana, porque me permiten salir de la oficina y entrar en lo que el Papa Francisco llamaba con frecuencia el hospital de campaña de la Iglesia.

Los fines de semana tengo el privilegio de estar con el pueblo de Dios.

Celebro la Sagrada Eucaristía y visito parroquias. Con frecuencia, después de la misa, escucho a personas que llevan pesadas cargas.

¿Y saben qué? La gente tiene vidas difíciles. Me encuentro con personas que sufren. Me encuentro con personas que buscan esperanza. Y, una y otra vez, descubro algo: la gente no solo necesita respuestas.

Necesitan a alguien que camine a su lado. Necesitan un amigo o alguien que les escuche. Necesitan a alguien que les diga: «No estás solo». Y eso es la amistad.

Por eso estoy agradecido de estar hoy aquí con ustedes. El Movimiento de Cursillos lleva décadas comprendiendo lo que mucha gente está redescubriendo hoy:

La fe cristiana no se comunica simplemente mediante información. Se comunica mediante relaciones.

El Evangelio no solamente se predica; se comparte a través de la amistad. Cuando pienso en mi abuela y en el don de la amistad, pienso en las hermosas palabras que encontramos en el libro del Eclesiástico:

«Un amigo fiel es un refugio seguro; quien lo encuentra, encuentra un tesoro. Un amigo fiel no tiene precio. Un amigo fiel es un remedio que da vida».

Me encanta este pasaje porque la Escritura da a la amistad una dignidad que nuestra cultura moderna a veces olvida.

Quizás una de las mayores heridas de nuestra sociedad de hoy no sea solamente la pobreza o la necesidad material, sino la pobreza de relaciones.

Muchas personas están rodeadas de otros, pero se sienten solas.

Muchas personas tienen miles de contactos en sus teléfonos, pero muy pocas personas en quienes realmente pueden confiar.

Muchas personas pueden comunicarse instantáneamente con el mundo, pero anhelan a una sola persona que simplemente se siente con ellas, tome un café, comparta una comida, las escuche y camine con ellas.

Ese es el don de la amistad.

Un verdadero amigo se convierte en un lugar de refugio, en una fuente de sanación, en un recordatorio de que no estamos solos.

Cuando escucho esas palabras del Eclesiástico, pienso en mi abuela. Ella fue mi refugio, mi tesoro, el remedio de Dios en mi vida. Pero la Escritura nos lleva todavía más profundamente. Jesús reveló a Dios a través de la amistad.

En el Evangelio de Juan, durante la Última Cena, Jesús dice a sus discípulos: «Ya no los llamo siervos. Los he llamado amigos». Imaginen esas palabras. El Creador del universo, el Hijo de Dios, el Salvador de la humanidad, mira a hombres y mujeres comunes y les dice: «Los llamo amigos». ¿Por qué?

Dios no quiere una relación distante con nosotros. Dios no quiere que lo conozcamos solamente como un conjunto de reglas o ideas, El desea comunión. Él anhela tener intimidad y amistad con nosotros.

Miren la manera en que Jesús vivió su ministerio. Fíjense en cómo vivió Jesús su ministerio. En los Evangelios, lo vemos caminando junto a sus discípulos, compartiendo comidas, entrando en sus casas y compartiendo sus alegrías y sus penas.

Junto a sus amigas Marta y María, lloró ante la muerte de Lázaro.

Lavó los pies a sus discípulos y, finalmente, dio su vida por ellos.

Jesús nos muestra que la expresión más profunda de la amistad es el amor que se entrega por completo.

Por eso Jesús dice: «Nadie tiene mayor amor que este: dar la vida por sus amigos».

La Cruz es el mayor acto de amistad que el mundo haya conocido jamás.

Incluso antes del cristianismo, los seres humanos reconocían la importancia de la amistad.

El filósofo griego Aristóteles escribió sobre la amistad como una relación en la que dos personas buscan el bien la una de la otra. Buscar el bien del otro ya es una hermosa visión. Un verdadero amigo no es alguien que pregunta:

«¿Qué puedo recibir de esta relación?».

Porque, seamos sinceros, a veces, cuando tenemos un amigo, es precisamente eso lo que buscamos: ¿qué puedo obtener? Un verdadero amigo se pregunta:

«¿Cómo puedo ayudar a esta persona a convertirse en la mejor versión de sí misma?».

El cristianismo lleva esto aún más lejos.

Un amigo cristiano no solo quiere que la otra persona tenga éxito; desea su santidad.

Un amigo cristiano quiere que la otra persona descubra el amor de Dios.

Un amigo cristiano ayuda a la otra persona a convertirse en quien Dios la creó para ser.

Queridos amigos, nunca subestiméis el poder de un verdadero amigo. Un amigo puede cambiar el rumbo de la vida de alguien.

Un amigo puede dar a alguien el valor para seguir adelante. Y un amigo puede ayudar a alguien a descubrir dones que nunca había reconocido en sí mismo y puede evitar que otra persona se rinda.

Tengo una historia que contaros.

Cuando era pastor en Yakima, Washington, conocí a una familia maravillosa: una madre, un padre y sus cuatro hijos.

Conocí a los niños cuando eran pequeños, y luego se hicieron mayores.

La joven, Anna, tenía unos veinticuatro años y tenía novio. ¡Lo digo con una sonrisa porque quiero asegurarme de que sigues despierto!

¡Estaba intentando ver si te habías quedado dormido!

Nos hicimos amigos. Conocía a la familia y a menudo me invitaban a comer.

Más tarde, el padre me contó lo que pasó un día.

Anna trajo a su novio a casa, y el chico era diferente. Al padre no le caía nada bien. Empezaron a hablar y, por supuesto, sus egos se interpusieron. Al final de la conversación, el padre le dijo a Anna: «No te voy a dar permiso para salir con él. Elige entre él y nosotros».

Anna no sabía qué hacer. Lo miró a él, miró a su padre, se fue a su habitación y cogió su ropa.

El padre dijo: «¿Te vas a ir sin ropa?». Bueno… ¡no sin ropa! ¡Ya sabes a qué me refiero!

Sin sus cosas. Ella dijo que sí y se marchó.

Imagina la ira que sintió el padre. Estaba furioso y muy alterado. La ira le invadió el corazón. Llamó a uno de sus amigos y le dijo: En medio de su ira, llamó a uno de sus amigos y le dijo: «Necesito tu ayuda ahora mismo».

El amigo era cursillista, y el padre también lo era.

El amigo le dijo: «Está bien, ven a mi casa». Cuando llegó, el amigo le dijo:

«Vamos a la iglesia. Vamos a rezar».

Fueron a rezar juntos ante el Santísimo Sacramento y, tras la oración, su amigo le preguntó: «¿Cómo te sientes?». Él respondió:

«Me siento más en paz. Gracias».

Luego se fue a casa.

No hizo nada más. ¿Veis cómo la amistad puede hacer tanto bien a otra persona?

Por eso creo que el Movimiento de Cursillos tiene un mensaje profundo para nuestro tiempo, porque el Cursillo siempre ha entendido que la evangelización empieza por la amistad. El

método no es, ante todo, un programa, una estrategia o una actividad.

El método es una persona. Una persona que se encuentra con otra persona y la escucha.

Una persona que camina junto a otra y le presenta a Jesucristo.

Esa es la genialidad del Cursillo. Quizá por eso Jesús eligió a doce apóstoles; formó una comunidad.

Compartió su vida con ellos, los transformó y, a través de esa pequeña comunidad de amigos, el Evangelio se extendió por todo el mundo.

Los primeros cristianos no cambiaron el Imperio Romano porque tuvieran mejor tecnología; cambiaron el mundo porque la gente veía en ellos algo diferente.

Veían una comunidad que amaba.

Veían a personas que se cuidaban unas a otras, acogían a los extranjeros, perdonaban a los enemigos y vivían de otra manera.

«Mirad cómo se aman unos a otros».

Su amistad se convirtió en su testimonio.

¿Podrán decir eso de nosotros? ¿Podrán decirlo?

Queridos amigos, creo que estamos viviendo otro momento importante de la historia.

Nuestro mundo está cambiando rápidamente. Como todos sabemos, la tecnología avanza cada día.

La inteligencia artificial se está convirtiendo en parte de nuestra vida cotidiana.

Incluso personas como Elon Musk han afirmado que la IA superará a la inteligencia humana en unos pocos años, y que puede que haya muy pocas cosas que la IA no pueda llegar a hacer mejor que los seres humanos.

Pero todos sabemos que la IA no puede amar como lo hacen los seres humanos.

Por lo tanto, planteémonos una pregunta:

¿Qué está pasando con nuestras amistades?

Antes de preocuparnos por que la inteligencia artificial sustituya a la interacción humana, deberíamos reconocer que muchas personas ya tienen dificultades para relacionarse de forma profunda entre sí.

Antes de hablar de inteligencia artificial, creo que debemos reconocer lo que ya está sucediendo a nuestro alrededor.

El reto de nuestro tiempo no es solo que las máquinas sean cada vez más inteligentes; creo que el reto es que, a veces, los seres humanos estamos cada vez menos conectados entre nosotros.

Hemos desarrollado formas increíbles de comunicarnos, pero poco a poco estamos perdiendo el arte de la conversación. La gente ya no habla entre sí.

Tenemos más formas de conectar con los demás que cualquier generación anterior, y, sin embargo, muchas personas se sienten más solas que nunca.

Permíteme invitarte a imaginar algo.

Esto se basa en algo que leí en el libro de Jonathan Haidt *La generación ansiosa*.

Imagina que te quedaste profundamente dormido en junio de 2007, el día antes de que se presentara el primer iPhone, y que te despertaste diecinueve años después y saliste a la calle.

Al principio, todo parece normal y las calles te resultan familiares.

Los automóviles siguen circulando, la gente sigue caminando y las familias siguen reuniéndose.

Pero entonces empiezas a notar algo extraño. Te das cuenta de que la gente se comporta de forma diferente.

Entras en una estación de tren y todo el mundo tiene la mirada fija en un pequeño dispositivo rectangular de cristal.

Entras en un ascensor y reina el silencio; todo el mundo mira fijamente una pantalla.

Haces fila en una tienda y nadie habla porque todos están en otro lugar.

Vas a un restaurante y ves a una familia sentada junta en una mesa, pero no se hablan entre sí; cada uno está sumergido en su propio mundo digital.

Paseas por un parque y ves a padres con sus hijos, pero muchos no prestan atención a sus hijos porque están mirando el móvil.

Incluso los niños pequeños se están quedando fascinados con esos rectángulos luminosos. «¿Qué está pasando?»

«¿Qué nos ha pasado?» Quiero dejarlo claro: el problema no es el móvil. Yo mismo estoy usando uno ahora mismo.

No creo que el problema sea la tecnología. Como puedes ver, estoy utilizando la tecnología en este mismo momento.

La tecnología es un regalo. De hecho, algunos de ustedes pueden oírme en español gracias a la tecnología. Otros pueden oírme en vietnamita.

La tecnología ha ayudado a la humanidad de formas extraordinarias durante muchos años.

Ha permitido que familias separadas por océanos puedan verse unas a otras.

Ha ayudado a los médicos a salvar vidas y a los estudiantes a aprender. Y ha permitido que el Evangelio llegue a lugares a los que antes era imposible llegar.

La Iglesia no le tiene miedo a la tecnología. De hecho, la Iglesia siempre ha acogido con agrado el auténtico progreso humano.

La pregunta no es simplemente:

«¿Es la tecnología buena o mala?». La pregunta más profunda es:

«¿Nos ayuda esta tecnología a ser más humanos?».

Como obispo, viajo con frecuencia.

Un lugar donde observo la sociedad es en los aeropuertos.

Los aeropuertos son lugares fascinantes porque reúnen a miles de personas de todos los ámbitos de la vida y de todo el mundo.

A veces me pregunto: ¿Cuántos encuentros maravillosos me he perdido?

¿Cuántas historias nunca he escuchado?

¿Cuántas amistades nunca llegaron a surgir porque estaba tan distraída con el móvil, respondiendo correos electrónicos, que no

me di cuenta de la persona que tenía sentada a mi lado?

Hace poco viví una experiencia personal que me hizo reflexionar más profundamente.

Estaba de visita con mi familia en el estado de Washington, con mis tres hermanas y algunos de mis sobrinos y sobrinas. Estábamos todos juntos en el salón.

Era un momento precioso; nos habíamos esforzado por estar juntos y yo les había invitado a venir a compartir una comida.

Pero, en un momento dado, miré a mi alrededor y todos —incluso mi madre— tenían un móvil en la mano; todos, también yo.

Nadie hablaba de verdad, ni hacía preguntas, ni compartía historias.

Estábamos físicamente juntos, pero emocionalmente en otra parte.

Recuerdo que pensé: «¿Qué está pasando?», «¿Qué nos está pasando?». Incluso cogí mi móvil y lo tiré.

Mis sobrinas y sobrinos me miraron: «¿Qué pasa, tío? ¿Estás bien?».

Ahí estábamos: personas que se quieren, reunidas en un mismo lugar. Y, sin embargo, nuestra atención estaba acaparada por personas que ni siquiera estaban presentes.

Ese momento se me quedó grabado porque me recordó algo importante. Creo que el mayor peligro de la tecnología no es que nos haga menos productivos.

El mayor peligro es que, poco a poco, nos haga estar menos presentes.

Y esto no solo les pasa a los jóvenes.

Nos pasa a todos. Somos seres humanos y necesitamos estar presentes.

Un niño necesita un padre o una madre que le mire a los ojos, y un cónyuge necesita un cónyuge que le escuche.

Una persona que sufre necesita a alguien que se siente a su lado, y alguien que está de luto no necesita una fórmula matemática.

Necesita un amigo. Alguien que le diga: «Estoy aquí. No tienes que cargar con tu cruz tú solo».

Por eso la crisis de nuestro tiempo no es simplemente tecnológica.

Es relacional.

Hoy en día, muchas personas están viviendo lo que algunos autores describen como una crisis de soledad.

El libro de Jonathan Haidt, *La generación ansiosa*, reflexiona sobre cómo los teléfonos inteligentes y las redes sociales han cambiado la forma en que muchas personas —especialmente los jóvenes— viven las relaciones, la comunidad y la vida cotidiana.

Su preocupación no se limita a los dispositivos.

Su principal preocupación es lo que ocurre cuando las experiencias digitales empiezan a sustituir a las experiencias humanas reales y cuando las conexiones virtuales sustituyen a los encuentros personales.

Cuando el desplazamiento por la pantalla sustituye a las conversaciones y cuando la aprobación en línea sustituye al auténtico sentido de pertenencia.

Hermanos y hermanas, no fuimos creados para intercambiar información; fuimos creados para la comunión.

Desde el principio de la creación, Dios dijo: «No es bueno que el hombre esté solo».

Esa afirmación sigue siendo cierta hoy en día.

Los seres humanos necesitamos relaciones. Necesitamos comunidad, amistades y amor.

Porque en lo más profundo del corazón de cada ser humano hay un deseo de ser conocido y amado.

Y ese deseo proviene de Dios.

Por eso la inteligencia artificial plantea cuestiones tan importantes.

La inteligencia artificial es capaz de hacer muchas cosas extraordinarias.

Puede procesar información, analizar datos, generar respuestas e imitar conversaciones.

Pero la persona humana es más que información.

La persona humana es más que eficiencia y más que productividad.

El ser humano tiene alma.

El ser humano ha sido creado a imagen y semejanza de Dios.

A medida que la inteligencia artificial sigue desarrollándose, ¿cómo garantizamos que la tecnología sirva a la humanidad en lugar de menoscabarla?

¿Cómo nos aseguramos de que, a medida que avanzamos tecnológicamente, no nos volvamos menos humanos?

Aquí es donde la Iglesia tiene una voz importante.

Cuando un papa elige un nombre, a menudo hace referencia a una visión espiritual y pastoral.

Al elegir el nombre de León, el papa León XIV se vincula con el papa León XIII.

A finales del siglo XIX, el papa León XIII se enfrentó a un mundo que vivía otra revolución.

No se trataba de una revolución digital, sino de la Revolución Industrial.

Las fábricas estaban transformando la sociedad y las máquinas cambiaban la forma de trabajar de las personas.

Se estaban desarrollando nuevos sistemas económicos y muchos trabajadores sufrían porque, a menudo, se olvidaba la dignidad humana. Se trataba a las personas como instrumentos de producción en lugar de como hijos e hijas de Dios.

Los trabajadores se enfrentaban a jornadas laborales interminables, condiciones inseguras y pobreza; el mundo cambiaba rápidamente y la Iglesia tenía que pronunciarse al respecto. En 1891, el papa León XIII escribió uno de los documentos más importantes de la doctrina social católica, la *Rerum Novarum*. Recordó a la sociedad una verdad fundamental: la persona humana debe permanecer siempre en el centro. La economía existe para la persona humana, y el trabajo existe para la persona humana. La tecnología existe para la persona humana. El papa León XIII defendió la dignidad de los trabajadores, la importancia de unos salarios justos, los derechos

de los trabajadores y las responsabilidades de los empresarios.

Su mensaje fue claro: ningún progreso económico o tecnológico es verdadero progreso si menoscaba la dignidad humana.

Hoy nos encontramos ante otra gran transformación con la llegada de la inteligencia artificial.

La primera encíclica del papa León XIV, *Magnifica Humanitas* («Sobre la salvaguardia de la persona humana»), se publicó el 25 de mayo de 2026. Su mensaje central es que la inteligencia artificial debe estar al servicio de la persona humana, y no sustituir, menoscabar ni dominar a la humanidad. Basándose en la doctrina social católica, el Papa hace hincapié en la dignidad humana, la verdad, la libertad, la dignidad del trabajo, el bien común y la solidaridad. Advierte de que el progreso tecnológico se vuelve peligroso cuando el poder y la toma de decisiones se concentran de tal manera que reducen la capacidad de acción humana. En última instancia, hace un llamamiento a los cristianos y a la sociedad para que se aseguren de que la IA contribuya a construir una civilización del amor, en la que la tecnología permanezca al servicio de las auténticas relaciones humanas y de la dignidad de cada persona.

La inteligencia artificial puede mejorar la medicina, apoyar la educación y ayudar a las organizaciones a servir a las personas de forma más eficaz.

Puede ayudarnos a resolver problemas que antes parecían imposibles. Pero incluso los grandes avances requieren sabiduría, porque toda tecnología plantea una cuestión moral: ¿Contribuye esto al desarrollo pleno de la persona humana?

La Iglesia no teme a la inteligencia artificial, y no cree que la tecnología sea el enemigo.

La tecnología puede ser una hermosa expresión de la creatividad humana.

Al fin y al cabo, nuestra capacidad para crear e innovar refleja algo del propio Creador.

Pero la tecnología debe seguir siendo siempre una servidora, no una dueña. La inteligencia artificial debe ayudar a la humanidad, no sustituirla. Debe apoyar las relaciones humanas, no eliminarlas. Debe reforzar la dignidad humana, no debilitarla.

Recientemente, en la Diócesis de San Diego, el obispo Michel planteó una pregunta importante a los responsables de varias oficinas diocesanas: «¿Cómo estamos utilizando actualmente la inteligencia artificial en nuestro ministerio y en el centro pastoral?».

Las respuestas fueron muy interesantes. Algunas personas expresaron sus dudas, mientras que otras aún estaban aprendiendo. Otras ya utilizaban herramientas de IA de forma práctica, como para resumir documentos e informes. Algunas la utilizaban para organizar información, mejorar la redacción y la comunicación. ¡Yo era una de ellas! En mis correos electrónicos, escribo lo que quiero decir y luego le pido a la IA que mejore mi redacción. ¿Y sabes qué? ¡Lo hace!

Pero luego lo reviso una y otra vez para asegurarme de que dice lo que realmente quería decir. Es una herramienta importante.

Aprendí inglés como segunda lengua y no siempre me sale de forma natural. Por eso, esta tecnología puede resultar muy útil. Algunas personas están utilizando la IA como ayuda para la investigación, las presentaciones, los materiales catequéticos y la planificación.

La realidad es que la inteligencia artificial ya se está convirtiendo en parte de nuestras vidas y de nuestro ministerio. Eso no es necesariamente algo que deba causar temor. La cuestión es si la utilizamos con sensatez.

Uno de los pioneros de la inteligencia artificial, Kai-Fu Lee, ha hecho una observación importante.

Dijo que la inteligencia artificial tiene capacidades extraordinarias.

Es capaz de procesar enormes cantidades de información, reconocer patrones y tomar decisiones rápidamente en determinadas situaciones.

Puede realizar tareas con una eficiencia increíble. Pero la inteligencia artificial no es inteligencia humana. La IA no posee conciencia ni autoconciencia. No tiene conciencia ni responsabilidad moral. No tiene compasión ni amor. Esa distinción es extremadamente importante. Puede que algún día la inteligencia artificial escriba una hermosa reflexión.

Pero nunca ha rezado. Puede producir palabras sobre el sufrimiento, pero nunca ha sufrido.

Puede describir la compasión, pero nunca ha amado. Puede imitar conversaciones, pero no puede conocer de verdad el corazón de otra persona. La amistad requiere algo que ninguna máquina puede ofrecer.

Requiere presencia, sacrificio, compasión. Amigos míos, la pregunta no es: «¿Cómo competimos con la inteligencia artificial?».

La pregunta es: «¿Cómo nos hacemos más humanos?», «¿Cómo nos hacemos más plenamente humanos?».

Cuanto más avanza la tecnología, más importante se vuelve la amistad humana.

Cuanto más crece la inteligencia artificial, más importante se vuelve la inteligencia auténtica.

Y la auténtica inteligencia humana no es solo la capacidad de pensar, sino la capacidad de amar.

Aquí es donde creo que el Movimiento de Cursillos tiene algo profético que ofrecer al mundo de hoy.

El Cursillo siempre ha comprendido lo que la tecnología no puede crear:

una relación, una amistad, un encuentro con Cristo.

El futuro de la evangelización no dependerá solo de mejores herramientas; creo que dependerá de mejores relaciones.

Por eso, el sencillo modelo del Cursillo es hoy más relevante que nunca:

Haz un amigo.

Sé un amigo.

Lleva a un amigo a Cristo.

Tras todo lo que hemos reflexionado hoy, creo que llegamos a una pregunta muy importante:

¿Cuál es la respuesta cristiana ante un mundo que se está transformando gracias a la tecnología y la inteligencia artificial?

¿Deberíamos rechazar la tecnología o deshacernos de nuestros teléfonos?

¿Debemos temer cada nuevo avance? No creo que esa sea la respuesta. La respuesta no es menos tecnología.

La respuesta es más humanidad. La respuesta es redescubrir lo que nos hace verdaderamente humanos.

Y lo que nos hace verdaderamente humanos es nuestra capacidad para la amistad.

Aquí es donde el Movimiento de Cursillos tiene una misión única en la Iglesia hoy en día, porque el Cursillo siempre ha entendido que la evangelización comienza con una relación.

Antes de que alguien acepte un mensaje, a menudo necesita experimentar el amor.

Antes de que alguien escuche nuestras palabras sobre Cristo, necesita ver a Cristo reflejado en nuestras vidas.

Antes de que alguien entre en una iglesia, a menudo necesita que alguien le acompañe primero. Eso es la amistad.

El método del Cursillo es hermoso.

Haz un amigo.

Sé un amigo.

Lleva a un amigo a Cristo.

Amigos míos, el futuro de la evangelización no dependerá únicamente de lo avanzada que sea nuestra tecnología.

Dependerá de la profundidad de nuestro amor. Dependerá de si estamos dispuestos a acompañar a las personas y a escucharlas.

Permítanme volver al punto de partida. Empecé hablando de mi abuela rezando el rosario.

Una mujer sencilla. Una mujer sin tecnología. Una mujer sin influencia ni poder, pero que cambió vidas.

Creo firmemente que, gracias a mi abuela, mi familia está bautizada y es católica.

¡Y creedme, somos muchos! Y fue esta mujer menuda y delgada. ¿Por qué? Porque sabía amar, rezar y ser amiga.

Nunca imaginó que su vida tranquila ayudaría a forjar el futuro de un niño pequeño. Que un día él se convertiría en obispo. Nunca imaginó que sus sencillos gestos de amor se convertirían en una lección sobre la evangelización.

Pero así es como actúa Dios.

Haz un amigo.

Sé un amigo.

Lleva a un amigo a Cristo.

Amigos míos, el futuro de la evangelización no dependerá únicamente de lo avanzada que sea nuestra tecnología.

Dependerá de la profundidad de nuestro amor. Dependerá de si estamos dispuestos a acompañar a las personas y a escucharlas.

Permítanme volver al punto de partida. Empecé hablando de mi abuela rezando el rosario.

Una mujer sencilla. Una mujer sin tecnología. Una mujer sin influencia ni poder, pero que cambió vidas.

Creo firmemente que, gracias a mi abuela, mi familia está bautizada y es católica.

¡Y créanme, somos muchos! Y fue esta mujer pequeña y delgada. ¿Por qué? Porque sabía amar, rezar y ser amiga.

Nunca imaginó que su vida tranquila ayudaría a forjar el futuro de un niño pequeño. Que un día él se convertiría en obispo. Nunca imaginó que sus sencillos gestos de amor se convertirían en una lección sobre la evangelización.

Pero así es como actúa Dios.

Dios suele cambiar el mundo a través de personas corrientes que aman de manera extraordinaria.

Cuando pienso en el futuro de la humanidad, no pongo mi mayor esperanza en la inteligencia artificial.

Pongo mi esperanza en personas como mi abuela.

Pongo mi esperanza en los padres que enseñan a sus hijos a rezar, en los abuelos que transmiten la fe.

Pongo mi esperanza en los sacerdotes que acompañan al pueblo y en los diáconos que dedican su vida al servicio de la Iglesia.

Pongo mi esperanza en los cursillistas, en todos ustedes que hacen amigos, se hacen amigos y llevan amigos a Cristo.

Amigos, la historia nunca ha sido cambiada principalmente por las máquinas. Son las personas las que han cambiado la historia.

Los santos, los misioneros, las madres y los padres, los abuelos y los amigos fieles.

Hombres y mujeres corrientes que permiten que Cristo actúe a través de sus vidas.

Así es como se difundió el Evangelio en el siglo I.

Y creo que así es como se difundirá el Evangelio en el siglo XXI:

Así que hoy, mientras nos enfrentamos a los retos de la inteligencia artificial en un mundo que cambia rápidamente, recordemos nuestra misión. No es complicada ni imposible. Pero es profundamente poderosa:

Hacer un amigo.

Ser un amigo.

Llevar a un amigo a Cristo.

Gracias por escucharme.